

Hoy la industria ha llegado à tal punto, que sus resultados, se aproximan lo mas posible à las magnificas obras que el Creador ha esparcido en la naturaleza.

Dios ha hecho al hombre à su imàjen y aun le ha dado los medios de asemejarsele en sus mismas creaciones—; Y ecisten hombres que en vez de emplear sus medios en estas obras sublimes, en llenar su mision sobre la tierra, los ocupan en hacer mal à sus semejantes!

El filosofo, el poeta, y el hombre industrioso, ejercen pues por su inteligencia, un grandioso dominio en la naturaleza; y esa creacion sublime influye poderosamente en sus acciones.

G. P.

CANTO

DE LA PROSTITUTA.

Jazmines albos y purpúreas rosas
Adornen hoy mi peregrina sien;
Baje el cabello destrenzado al seno
Que, mal velado palpitando esté.

Inquietas brillen las pupilas negras
Como agitadas por intenso ardor,
Y en torno al lecho, do la frente pose,
Incienso arden de embriagante olor.

Venid doncellas de rubor teñidas,
Esposas fieles que bendijo Dios,
Venid: testigos de su dicha quiero
La vil ramera que os inspira horror.

Venid, Arturo el de los labios rojos
De las palabras con sabor de miel,
El prometido de la hermosa Elvira
Que mil de veces la juró ser fiel.

Hoy en mis brazos buscarà el delirio
Que no consigue vuestro amor causar,
Que no se encuentra en vuestros besos tibios,
Ni en vuestro rostro se pintó jamás.

Tambièn Eduardo, de Lucía esposa,
En mis halagos buscarà el placer,
Y reclinado en mis desnudos hombros,
Verà las horas, sin afan, correr.

¡ Con cuanto gozo beberé su aliento
Para templar esta insaciable sed,
Que los desprecios de la amante esposa
En mi alma hicieron por su mal, nacer!

Ella; la vana! què al pasar volvía
Para no verme la encendida faz;
Cual si temiera que mi vista ardiente
Le arrebatara su envidiable paz:

Y recoja los flotantes pliegues
De su vestido, como el cielo azul,
Porque la brisa, revolando inquieta
No le rozara con mi leve tul.

Pensaba acaso que su dicha eterna,
Seria siempre como el mismo sol
Y un solo instante se abrigó en su seno,
Como el perfume en la cortada flor!

Tal vez, en tanto què su ingrato esposo
Raudales de oro verterà à mis pies,
Y con guirnaldas ceñira mi frente
Para besarla con ardor despues.

Solo, anegada en perdurable llanto
Ella los ojos tornará al señor,
Sustento pobre demandando en vano,
Para los frutos de su triste amor.

Venid, doncellas de rubor teñidas,
Esposas fieles que bendijo Dios,
Venid: testigos de su dicha quiero
La vil ramera que os inspira horror.

ADOLFO BERRO.